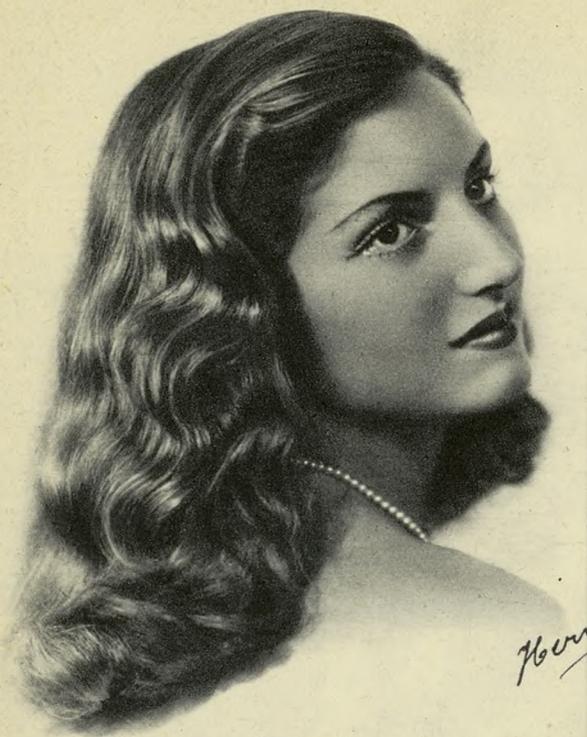


Mujeres de Costa Rica



Srta. Livia Castro

Ilustramos el artículo de nuestro colaborador Andrés Revesz, sobre la belleza de las mujeres hispanoamericanas, con un grupo encantador de mujeres costarricenses. MUNDO HISPANICO continúa así la publicación de las bellezas hispánicas, que inició en su número especial del 12 de octubre y que continuará a lo largo de sucesivos números



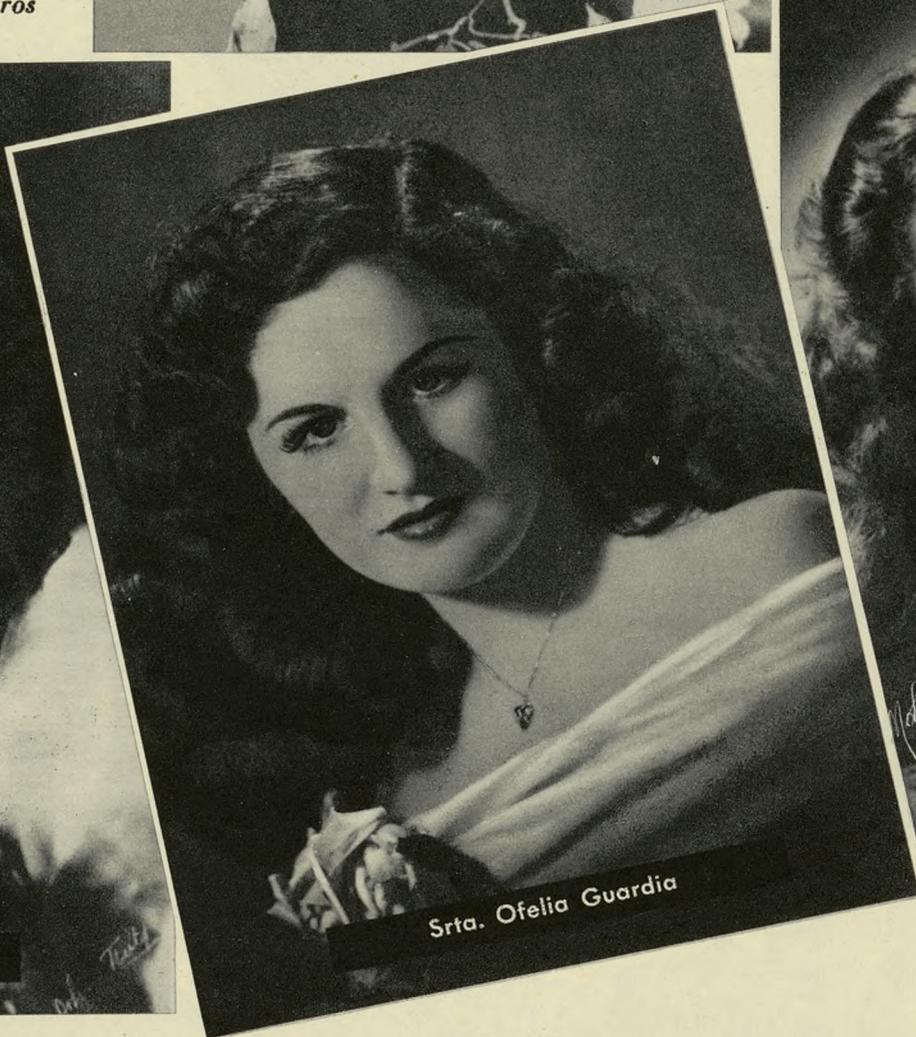
Srta. Ana Echeverría



Srta. Isabel Goicochea



Srta. Tatiana González de Echandi



Srta. Ofelia Guardia



Srta. Hilda Guardia

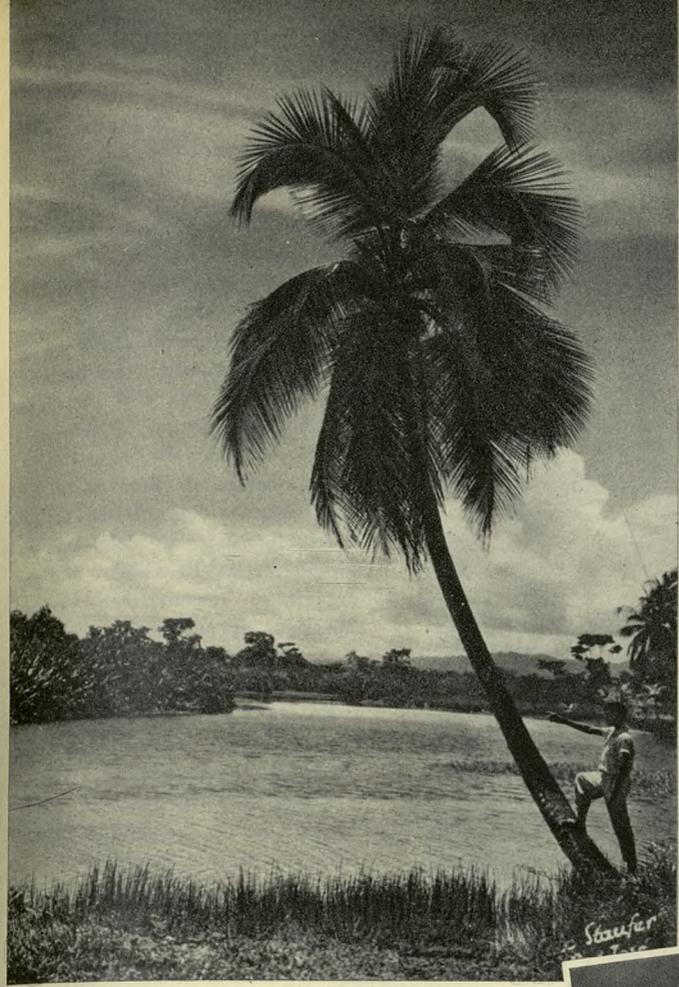
AUNQUE SEA LA MAS BELLA DEL MUNDO

*¡Si hay en ti más belleza y poesía
Que en cuanto dora el esplendor del día!
José Mármol (argentino).*

Cuanto más leo y escribo, más coincido con Somerset Maugham en el sentido de que la belleza no se describe. Las novelas históricas, con su afán de presentar damas y galanes perfectos, han fracasado sin excepción en este terreno. Nueva aportación a la filosofía pesimista de Schopenhauer de que sólo el mal es positivo, mientras que el

bien es negativo. Cuando nos encontramos buenos, ocurre simplemente que no nos duele nada; pero el menor dolor en el dedo meñique basta para hacernos olvidar el bienestar en todo el resto del cuerpo. Del mismo modo, cualquier descripción de la hermosura resulta siempre convencional, pero nunca nos olvidamos de los defectos. Por ejemplo, me acuerdo de que la heroína de *El biombo*, del ya citado novelista inglés (la traducción *El velo pintado* es errónea), tiene la nariz algo larga, pero ya no sé cómo son sus bellos ojos.

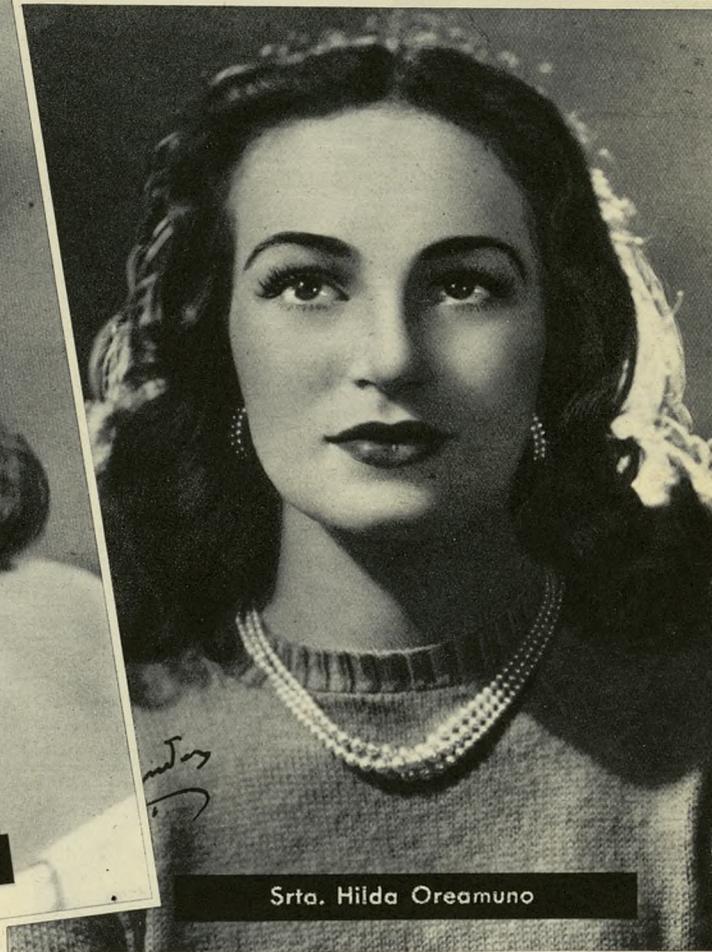
Veamos, por ejemplo, la protagonista de una de las mejores novelas históricas españolas, *El señor de Bembibre*, de Gil y Carrasco. A pesar de su arte, el novelista



Srta. Gloria Hernández



Srta. María Eugenia Iglesias



Srta. Hilda Oreamuno

dualización de su hermosura. Otro de los enamorados de la mujer fatal, el rey Nino, le pregunta en el mismo estilo:

*¿Quién eres, prodigio bello,
de amor divino milagro?*

Y si pasamos a un drama mucho más conocido, el capitán dice simplemente de la hija de Pedro Crespo, en *El alcalde de Zalamea*:

*Pensé hallar una villana;
si hallé una deidad...
En toda mi vida vi
más divina, más perfecta
hermosura...*

Podríamos llenar de parecidas palabras convencionales páginas y páginas, y siempre llegaríamos a la misma conclusión: que la belleza no se describe ni en la mujer ni en los cuadros. Nada más difícil que hacer crítica de arte que no sea más que una colección de frases, muy sabias, pero que no señalan al lector el valor del cuadro ni la belleza de la mujer retratada. En general, toda heroína del Siglo de Oro es bellísima, divina, y se la compara a las diosas de la Mitología; pero no sabemos si es rubia o morena, alta o baja, delgada u opulenta. Los adjetivos, las comparaciones, son casi siempre convencionales: el cabello suele ser de oro (algo raro en tantas españolas); los ojos, esmeraldas; las mejillas, granates; el labio, un rubí; los dientes, perlas; la mano, marfil; la garganta, alabastro, etc. Hay que llegar a nuestros días para encontrar a la mujer «interesante», que gusta, a pesar de su belleza imperfecta, y a

no sale—ni puede salir—de lo convencional: «Era ella (doña Beatriz) de estatura aventajada, de proporciones esbeltas y regulares, blanca de color, con ojos y cabellos negros y un perfil griego de extraordinaria pureza. La expresión habitual de su fisonomía manifestaba una dulzura angelical; pero en su boca y en su frente cualquier observador mediano hubiera podido descubrir indicios de un carácter apasionado y enérgico. Aunque sentada, se conocía que en su andar y movimientos debían reinar a la vez el garbo, la majestad y el decoro...» ¿Para qué seguir y para qué describir al galán, si todo resulta inútil para distinguir a doña Beatriz y a don Alvaro de tantos otros héroes románticos?

Y si de los románticos retrocedemos a los clásicos, tampoco encontraremos diferenciación en las descripciones. «Prodigiosamente hermosa eres» es el piropo que lanza Menón a Semíramis en *La hija del aire*, uno de los dramas más originales y más «modernos» de Calderón. Exclamación admirativa que puede ocurrírsele a cualquier varón ante una bella mujer; palabras que no indican el menor detalle, la menor indivi-

«Te llevo en la puntita de mi corazón; sueñame esta noche.»
Una india de Méjico.

La española tiene su prolongación en un mundo entero: el hispanoamericano; no una prolongación invariable, como la inglesa que vive en la India en su «splendid isolation». La hispanoamericana es una y al par diversa. Es una, porque el tronco es el mismo, pero las ramas se separan. Según el clima de las tierras vírgenes descubiertas, las poblaron los hijos de diferentes regiones de la Península. No por casualidad encontramos tantos apellidos vascos en el templado Chile, tantos andaluces y canarios en Venezuela.

En su *Canto a la Argentina*, Rubén Darío atribuye la belleza de las mujeres de aquella nación a Viena, España, Britania, París, Lacio, mezcla admirable y embriagadora, que produce:

*voluptuosidad, ilusión,
placidez que todo mitiga,
o pasión que todo lo arrolla,
leona amante, o dulce enemiga,
tal la triunfante Venus criolla.*

Belleza basada en la incomparable de la española y, sin embargo, tan a menudo diferente de ésta. Las aportaciones de otras razas le añaden algo de exótico, sensual, sorprendente, atrayente, que a tantos extranjeros ha logrado hechizar. ¿En qué otra parte del mundo—si no es en España—encontramos ojos brillantes como en Cuba, dulzura y pasión como en Méjico, hermosura y distinción como en Chile? Y, para ser justos, tendríamos que enumerar a las mujeres de todos los países grandes y pequeños de las dos Américas.

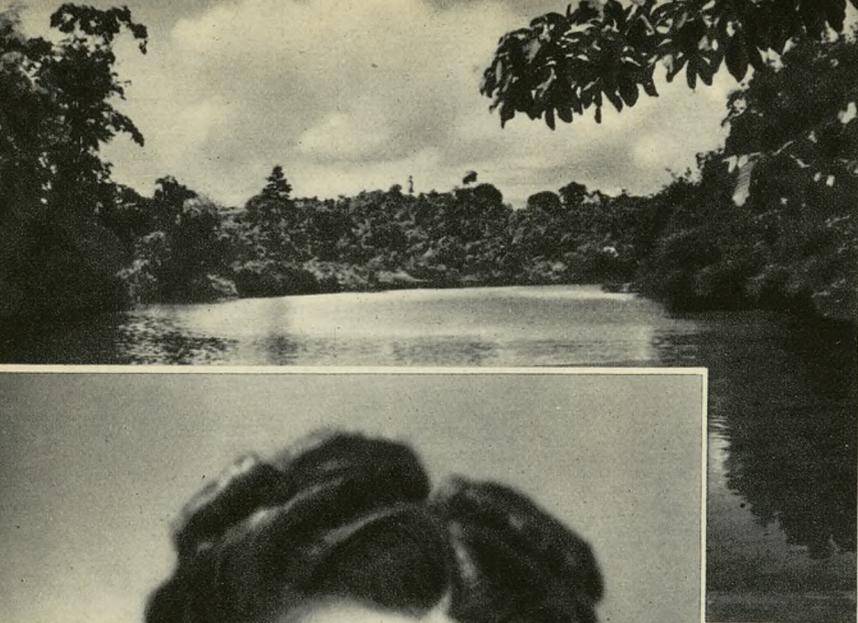
Pero no sólo hay en todos mujeres bellísimas, sino también poetisas y artistas de gran talento. La Argentina ha dado a Alfonsina Storni y a Victoria Ocampo; Uruguay, a Juana de Ibarbourou y a Delmira Agustini; Venezuela, a Teresa de la Parra; Colombia, a Agripina Montes del Valle y Mercedes Gaibrois; Chile, a Amanda M. de Amunátegui y a Gabriela Mistral; el Ecuador, a la escultora América Salazar; el Perú, a Angélica Palma; Cuba, a Gertrudis Gómez de Avellaneda; Méjico, a María Enriqueta y a la más grande de todas, a Sor Juana Inés de la Cruz. Seguramente me olvido de muchas más mujeres excepcionales, porque la América hispana es acaso en primer término tierra de poesía y ensueño. He enumerado a una docena de poetisas, muy conocidas todas; pero me reservo el placer de citar a otra, una cubana extraordinaria, que se llamó Juana Borrero, y murió, hace ya más de medio siglo, a la edad de... dieciocho años.

Copio, para terminar, unos versos suyos, porque los considero como los más característicamente femeninos. Con leerlos aprendemos más de la esencia y del alma de la mujer que en veinte tratados de psicología.

He aquí, pues, la *Ultima rima*:

*Yo he soñado en mis lúgubres noches,
en mis noches tristes de penas y lágrimas,
con un beso de amor imposible,
sin sed y sin fuego, sin fiebre y sin ansias.
Yo no quiero el deleite que enerva,
el deleite jadeante que abraza,
y me causan hastío infinito
los labios sensuales que besan y manchan.
¡Oh, mi amado, mi amado imposible,
mi novio soñado de dulce mirada,
cuando tú con tus labios me beses,
bésame sin fuego, sin fiebre y sin ansias!
¡Dame el beso soñado en mis noches,
en mis noches tristes de penas y lágrimas,
que me deje una estrella en los labios
y un tenue perfume de nardo en el alma!*

Exquisita expresión de delicadeza femenina, en general, e hispanoamericana, en particular.



Srta. Edith Ruth



Srta. Violeta Blanca Salazar de Scalera



Srta. Flory Steinworth



Srta. Ligia Volio

mujer en cuestión es guapísima y, por consiguiente, digna de ser amada. Si no fuera tan perfecta, sus probabilidades serían menores. En la poesía ocurre lo mismo; hoy ninguna mujer posee tantas cualidades como *La ninfa de Anauco*, del venezolano Fermín del Toro. La ninfa, ante la cual han de enmudecer las ondinas, las sílfides, las deidades musulmanas.

*De negros rizos cubierta,
se duerme en lecho de rosas,
y las deja más hermosas
cuando el amor la despierta.*

*Es, como el cielo, inconstante;
como el aura, caprichosa;
altiva como una diosa,
hechicera como amante.*

Convencional, pero por lo menos agradable como una canción popular mejicana. El costarricense Aquiles J. Echevarría, tan estimado por Rubén, al cantar a la sirenita de Puntarenas, elogia su dentadura, que es «carne de cocos», comparación que me gusta mucho más que el feo color de las perlas... para dientes. Una muchacha de Puntarenas no ha de parecerse a una beldad de la orilla del Sena ni el poeta de los trópicos ha de fijarse en los mismos detalles ni encontrar las mismas imágenes que su colega germano.

veces precisamente a causa de sus defectos. Repetimos que la perfección no se describe, mas sí algún rasgo incorrecto. Hoy, las protagonistas bellísimas sólo se conservan en las novelas por entregas. El lector de novelas serías pide matices en vez de adjetivos convencionales, que no aclaran nada y que se limitan a repetir que la